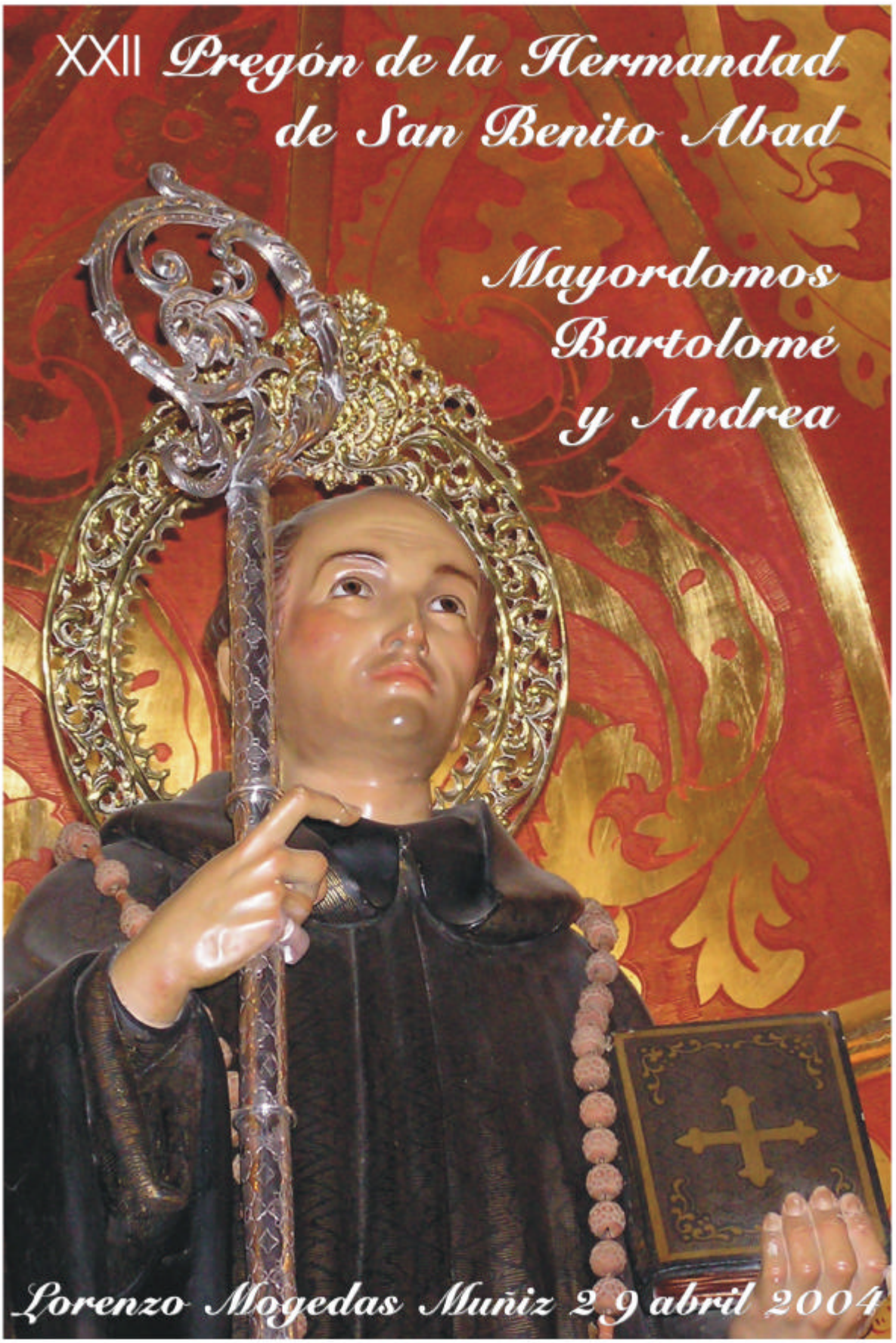

XXII Pregón de la Hermandad
de San Benito Abad
Mayordomos
Bartolomé
y Andrea
Lorenzo Mogedas Muñiz 29 abril 2004

A mis Mayordomos

Decidme vosotros mayordomos,
De dónde este esfuerzo sin medida,
porqué tanto brillo en vuestros ojos,
a quién le entregasteis vuestra vida,
y cuál fue ese bendito tesoro
para gritar al mundo cada día:

¡Venimos llenos de ermita!,
ermita que es rezo y pueblo,
oración y promesa cumplida,
piropo de cal mirando al cielo.

¡Venimos de San Benito!,
que es herencia, milagro y sueño,
camino, mirada y destino,
fe, plegaria, misterio,
y culpable de nuestros desvelos.

A mis Jamugueras:

Tu sueño de infancia deseado,
fue cuajado de mil primaveras,
de brillos de luna, de sol enamorado,
de alma vestida de jamuguera.

Dicen que fuiste a ver al Santo,
por un viejo sendero de estrellas,
con la fe ardiendo en tus labios, rezando,
con un manojo de ilusiones al pecho, sambenitera,
con el corazón latiendo folías, bailando,
y los ojos brillando de pasión eterna, promesa.

A mis lanzaores:

Bandas bordadas de flores,
esfuerzo noble sin medida,
lanzas que congregan amores,
sudor que es agua bendita,
cortejo de siete lanzaores,
que van custodiando su ermita,
con la fe, las promesas, las devociones,
para aquella imagen divina.

Después de noches en vela,
buscándote en la distancia,
bajo ese manto de estrellas,
que cobija tu ermita blanca.

Traigo el corazón inquieto,
hecha oración mi palabra,
lleno de ti el pensamiento
y perdida la mirada.

"Arrodillaos" los sentimientos,
de peregrina el alma,
¡y es que a pregonarte vengo,
lleno de fe y de plegarias!

Cuantas noches a solas,
me encontré con tu mirada,
rezándote a todas horas,
hablándonos sin palabras.

Eres luz en mi camino,
fe que me alegra el alma,
esperanza para ese hijo,
que sueña verte la cara,
tú, mi promesa de peregrino,
mi pasión, mi amor,
mi alboroto y mi calma,
tú, siempre en mi alegría,
la causa de mi destino,
un sambenitero de por vida.

Por eso,
deja que pueda pregonarte,
que suba mi voz hasta el cielo,
y guiado por tu estandarte,
ser esta noche tu pregonero.

Que es la fe de mi pueblo,
la que he "venío" a ofrecerte,
que se siente ya romero,
y está loquito por verte.

¡Pregonero!,
que hermosa palabra,
que bello sentimiento,
que suerte la mía
ser la voz de todo un pueblo.

Que orgullo más grande,
gritar a los cuatro vientos:
¡ yo soy del Cerro señores
San Benito es mi patrón,
viva la gente del Cerro,
porque del Cerro soy yo!

Piostre, dame ahora tu voz,
que quiero lanzar un grito,
que comience este pregón,
con un ¡ Viva San Benito!

Buenas noches, en primer lugar, ruego disculpas por irrumpir de esta forma aquí, en Santa María de Gracia, testigo fiel del sentir sambenitero a lo largo de tantos siglos, pero es que hoy, mi corazón late más fuerte, más deprisa y los sentimientos no son capaces de abordar tanta fe sambenitera. Pero la ocasión así lo merece, y es que hoy, desde aquella ermita blanca, siento su llamada invitándome a pregonar su romería centenaria.

San Benito Abad
Hermandad De San Benito
Presidente Y Junta De Gobierno
Querido Cura Párroco
Excelentísimas Autoridades
Hermandades Invitadas Al Acto
Mayordomía De San Benito
Sambeniteros, Amigos Todos

Gracias por honrarme con vuestra presencia, pues con ella engrandecéis este hermoso acto testimonial, y bienvenidos seáis todos a esta noche cada vez más romera, que año tras año acude fiel a su cita, recordándonos que la fiesta se acerca.

Permítanme dirigirme ahora a quien fue mi antecesor, hombre sambenitero por los cuatro "costaos", pues hasta en su nombre lo lleva escrito.

Gracias, amigo Benito, por esas afectuosas palabras que has dirigido hacia mi humilde persona, aunque no soy yo el más indicado para decir si merecidas o no, pero ten seguro que las recibo con todo el cariño que se merecen.

Gracias, por cederme esta noche el sitial de pregonero; sólo espero que nuestro Santo Patrón me proteja en este lance atrevido al que me enfrento, como un día lo hiciera contigo. Que San Benito conserve tu fe y tu amor hacia él y hacia tu familia.

Gracias, amigo Benito, gracias de verdad.

Hoy me presento ante vosotros, con el nerviosismo propio de un joven aprendiz de sambenitero ante sus maestros, ante quienes me enseñaron el verdadero significado de la palabra San Benito, pero con la enorme satisfacción de ver su sueño cumplido, al que me entregué con todo el amor y el esfuerzo del que soy capaz, consciente de la gran responsabilidad que supone ser pregonero de una hermandad con más de cuatro siglos de historia, escritos con el sudor, el trabajo y la vida de las gentes de este pueblo.

Negarme hubiese sido imposible, pues como buen cerreño, sería renunciar a mis propias raíces y creencias; y como buen sambenitero, me siento obligado a mantener la herencia de quienes con rostros cansados, nos miran desde las romerías del cielo, tomando con orgullo el testigo de nuestros antepasados, para que generaciones venideras puedan coger el relevo y que a esta antorcha de fe, nunca se le apague la luz.

Mi intención, no defraudaros, y mi único deseo, poderos expresar con fe sencilla, firme e inquebrantable, mis sentimientos, vivencias, recuerdos, a través de la palabra, con el corazón en la mano y con la humildad que dio esta tierra a los hombres que en ella nacieron.

Antes de comenzar esta hermosa andadura, quisiera también dar las gracias a los mayordomos, Bartolomé y Andrea. En primer lugar, por permitirme pagaros en parte la deuda adquirida con vosotros durante tantos años de mi vida, por todo el amor y el cariño que me habéis mostrado desde siempre, y como no, por haber depositado en mí la confianza de ser pregonero de vuestra romería, cumpliendo hoy, al igual que vosotros, aquella promesa que un día le hiciera a nuestro Santo Patrón. Y en segundo lugar, por obsequiarme este año con el mejor de los regalos, una guapa jamuguera, Juani, que alzó sus manos de niña para atrapar este fugaz sueño, vestir los deseos de su infancia con las mejores galas para el santo andevaleño. Para ti y para todas aquellas que lograron cautivarnos con la belleza de una galana, he aquí mi admiración:

Como flor de jara en primavera,
la luna de mayo, puso en tu cara,
una sonrisa, cuajada de estrellas,
en tu despertar de niña, jamuguera.

Con brillos de oro y plata,
"salpicá" de lentejuelas,
cruz de chorro y caravaca,
corales en tus pulseras,
encaje y camisa blanca,
terciopelo en tus chinelas,
en hilo de seda bordada,
tu gracia sambenitera.

¡Qué belleza la tuya!,
¡qué suerte la de esta tierra!,
mecida en noble jamuga,
los vientos te piropean,
¡y se rinden a tu hermosura!,
cuando pasas por su vera,
porque como tu cara ninguna,
montá en ese mulo de estrellas.

De enaguas llenaron tu cuna,
a son de folía durmieras,
soñando una media luna,
que a tu pecho descendiera.
¡ qué belleza la tuya!
¡ qué suerte la de esta tierra!
¡el Cerro y Los Montes ya tienen novia
y se llama jamuguera!
¡ quién como tú mujer,
quién como tu pudiera,
ser montesina o ser cerreña,
Guapísima Jamuguera!

Junto a vosotros y a la gran familia sambenitera que os acompaña, he vivido un año inolvidable de trabajo, esfuerzo, ilusión, de soñar despierto más que dormido, pero sobre todo, de hermandad, esa que se ha ido construyendo a lo largo de tantos siglos en torno a una devoción y bajo la mirada atenta de su vigía, uniendo para siempre y de forma inseparable a un pueblo y un Santo. Momentos, que movidos por la misma fe se han hecho imperecederos, y ni el tiempo ni otros aconteceres de la vida podrán modificar, sólo dar testimonio.

Y embriagado por tanta fe sambenitera, se me llenaron los días de promesas, camino, santuario, de noches de estrellas "gravas" aquí en el pecho. Y lleno de ti patrón, sentí que los recuerdos tiraban con fuerza "pa" que volviera a vivirlos de nuevo, te busqué por cualquier resquicio de mi cuerpo que me hablara de ti, escribiendo siempre lo que amaba, y eso, me lo recordaba el corazón.

En mi infancia, como en la de muchos de mi generación, aparecen siempre una fe blanca y pura, como la cal de su ermita; un caballo de madera, que mostraba sus mejores galas llegando las calendas de Mayo; y una medalla, regalo de quienes me parieron, que velaba como ángel de la guarda desde la cabecera de mi cama.

Mis recuerdos me hablan de tardes de primavera, acompañando al tamborilero por las calles del pueblo, dando mis primeros saltos. Los sábados en la plaza, viendo partir la caballería, esperando que alguien te ofreciese su montura para llevarte a ver el santo. Los domingos en la ermita o las carreras del lunes desde el Mesto a la Cruz, viendo pasar las bandas sobre otro pecho cerreño. Dice mi memoria que:

Crecí soñando una lanza,
que apretaba entre mis manos,
sobre mi pecho una banda,
hecha con flores del campo,
y al son del tamborilero,
lanzaba para mi Santo.

Preguntaba a todas horas,
¡padre!, ¿cuánto queda "pal" camino?,
que quiero andar esa senda,
como cualquier peregrino.

A solas contaba los días,
que faltaban "pa" estar contigo,
y al llegar tu romería,
como si fuera un pajarillo,
ir volando hasta tu ermita,
y decirte muy bajito:
¡qué ganas tenía de verte!,
tú lo sabes, Patrón mío,
y andando con "toa" mi gente,
"pa" estar a tu vera he venío.

Una promesa que ofrecerte,
a tus puertas he traído,
no quiero que le eches cuenta,
a las cosas que te he pedío,
pa que quiero más regalo,
que el camino que he vivío,
y que no me falten las fuerzas,
pa quererte Patrón mío.

Si te miro frente a frente,
a veces no sé ni lo que digo,
pero bendita sea mi suerte,
por haberte conocío,
por estar siempre presente,
por ser tú mi fiel amigo,
y poder decir mu alto y fuerte,
¡mi fe, se llama San Benito!.

Y así se fueron sucediendo los años, cumpliéndose el calendario de la vida con la exactitud que la naturaleza concede a las cosas, devolviéndome a los mismos lugares y escenas. Y ese niño creció entre vosotros, y con vosotros aprendí a rezarle, a darle gracias, a confiarle mis preocupaciones, a hacerlo partícipe de mis alegrías, a llevarlo siempre en todo lugar y en todo momento, creciendo a la vez, mi fe y amor hacia el Santo, llegando a cumplir aquellos primeros sueños:

Por primera vez, tres días junto a él.
Por primera vez, hice el camino andando.
Por primera vez, lanzaor de tu romería.
Hasta el día de hoy, por vez primera pregonero.

Hoy, os invito a vivir por anticipado lo que sucederá dentro de dos días, cuando las calles se llenen de cohetes, de romeros a caballo, cuando gaita y tamboril nos inunden con sus toques sambeniteros y a son de viejas coplas vayamos desgranando cada paso del camino. Después vendrán la llegada, el rosario, el Cristo, y tantos momentos que nos tocará vivir, pero que hoy, y sólo hoy, podemos soñar, porque tal vez pasado mañana, las mismas manos creadoras que nos han reunido aquí esta noche, nos otorguen la gracia de ver cumplidos nuestros sueños, como milagro de fe en torno al cual giran nuestras vidas sambeniteras.

Casi sin darnos cuenta hemos cruzado el pórtico de la primavera. El campo andevaleño se ha cubierto con una inmensa alfombra verde que inunda los caminos, serpenteado a cada paso por blanquísimos jarales, como un regalo divino que invita a renovar cada año nuestros votos de fe.

Todo parece dispuesto para recibir la primera manifestación romera, La Vigilia. En otro tiempo días de oración, de abstinencia, donde hombres también de otros tiempos, sabedores de su esfuerzo y amor hacia San Benito, cumplían estos preceptos con una conciencia devota y pura, que les permitía ser fieles incluso en el ayuno, tal vez, la escasez dejaba poco que llevarse a la boca, pero les bastaba la fe para saciar el hambre.

Días con sabor iniciático, de preparación del alma en un encuentro con Dios y con San Benito, donde se nos devuelve a la eterna magia del Viejo Camino, recorrido centenares de veces, pues cientos son los años que unen nuestras vidas peregrinando hasta su ermita. Días donde no duelen las despedidas, donde la palabra adiós en su altar suena como un hasta pronto, como flor de último momento que marca una nueva cita en nuestro calendario, la romería.

Finalizada la cuaresma y adentrados en el jardín primaveral, llega un misterioso amanecer de Albricias, lleno de júbilo y buena nueva, que atardece a son de gaita y tamboril, dejando en el aire olor a función de Mayo.

Manifestación religiosa y festiva por naturaleza, pregón de pregones, calle por calle, casa por casa, cerreño a cerreño, invitando a participar en la Boda de San Benito. ¿Qué más podría decir yo y los que por aquí pasaron de este día que vosotros mismos no hayáis vivido o sentido? Sólo que cuando la tradición habla sobran las palabras.

Y con el mejor de los inicios, van transcurriendo los días. Los amarillos trigales tiñen de oro nuestros campos, dibujando una escena multicolor que espera ansiosa la llegada de su principal protagonista, la romería.

Atrás quedaron los días de espera, llenos de ilusión, de nerviosismo, de esperanza, con el recuerdo siempre vivo de los ausentes, los de tierras lejanas y los que por desgracia ya no pueden acompañarnos, pero que también han preparado los alforjes y la manta estribo para vivir su propio camino. Comenzó el Triduo, que abrió nuestras almas en un acto de comunión cristiana con las alturas y por fin, el día más esperado.

El Sábado amanece poco a poco, como queriendo alargar aún más la espera. Los cohetes redoblan sus esfuerzos, para despertar a un pueblo que se despereza de un largo sueño y su estruendo, es como un impulso íntimo que nos eleva más y más hasta el cielo.

Las calles se convierten en un ir y venir de gente que caminan de aquí p'allá, como sin sentido, intentando llegar a la hora señalada con los preparativos de último momento. Se acumulan los sentimientos, las miradas son diferentes y algo distinto se respira en el ambiente, parece que estuviésemos viviendo año tras año algo nuevo, algo único y distinto.

El Estandarte recorre los rincones del pueblo cotejado por siete escoltas de gala. Una a una, las jamugueras se unen al cortejo, como cuentas de un rosario formado por las joyas más preciosas, saludando a su paso con un gesto angelical en el vaivén de su jamuga y una sonrisa indefinida dibujada en sus labios.

Los jinetes aparecen como por ensalmo desde cualquier lugar, ocupando cada uno el sitio que le corresponde. Mientras, dos mayordomos aguardan su turno tras la puerta de una casa, ella serena, radiante, galana, siempre mayordoma, y él, sobrio, templado, orgulloso, con el pecho henchido por el peso de las bandas, de la fe.

La multitud se agolpa en la plaza, para brindar sus mejores deseos a quienes ya emprendieron el camino. Santa Mª de Gracia, jubilosa por la fiesta, repica sus campanas al paso de la comitiva, como si quisiera unirse a ella, y con un gesto majestuoso, inclina su cabeza para besar el estandarte, bendiciéndolo a él y a quienes lo acompañan, formando ese caudal humano que rinde pleitesía al santo San Benito.

Tras La Portá, el Callejón de las Galanas y el Llano, donde una espectadora de excepción sale a nuestro encuentro, la Virgen de Los Dolores, la más bella jamuguera que nadie pudiera imaginar, que nos despide desde su jamuga celestial con una radiante sonrisa de estrellas ocultas tras el perfil de su cara.

En la Cruz, un padrenuestro entre el bullicio de la gente y una última mirada para nuestro campo santo, para quienes marcaron esa senda con huellas de tanta fe, de tanto amor, que ni el tiempo pudo borrarlas, sólo velar por ellas. El pueblo queda en silencio, convertido en alfombra para los primeros pasos de mi hermandad.

Y al paso monótono de un cabrestero, comienza nuestro camino, arrebujados en la misma fe, bebiendo todos de lo mismo; un camino de alegría, de esperanza, de amores que transforman y purifican al sambenitero, que prepara y dispone el alma para llegar al santo, dejándonos llevar por la pausada cadencia de la gaita y el tamboril, lenguaje de esta tierra.

Camino que evoca a su paso esencias y deseos de otro camino, el viejo, donde el aguardiente de una simbólica cuerna enjuagó tantas gargantas, a modo de bautismo para aquellas mayordomías entrantes o de bendición para las salientes.

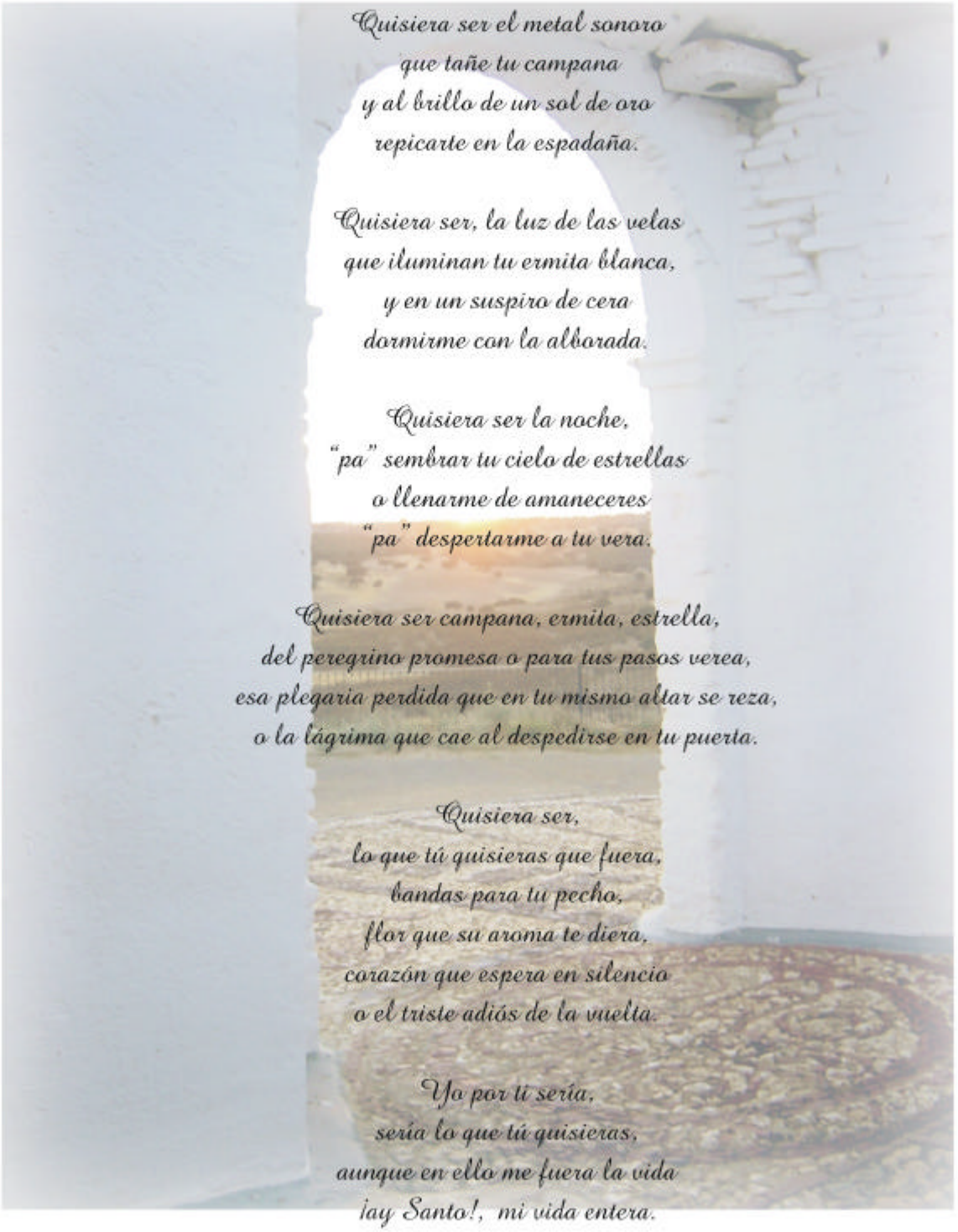
Pero son otros los tiempos y la comitiva enfila "La Madroñosa" buscando "Los Linares", donde habrá parada en hermandad. La comida, el cante y el baile amenizan la estancia, tanto a los de arriba como a los que van a pie. Y con la misma pureza que nos ofrece el camino, seguimos adelante, con el ansia de llegar cuanto antes y al mismo tiempo, el anhelo de que no se acabe nunca.

Nos esperan Los Montes, saludo de estandartes, agasajo de flores, abrazo de hermano que une dos latidos iguales separados por la distancia. El adiós de un pañuelo se dibuja en el aire, hasta la vuelta. Llegados al alto, miraremos hacia el horizonte, allí donde los caminos se juntan, el viejo y el nuevo, y sentiremos como el cuerpo se estremece ante la primera visión de la promesa: el santuario, piropo de cal que une el cielo y la tierra.

La fe, eterna compañera de viaje, nos acerca a cada paso a la ermita. Los cohetes anuncian la llegada y se hace un alto para agrupar la caballería a las puertas mismas del santuario. La gente espera, para dar la bienvenida a un mar inmenso de peregrinos que entran en el real, comenzando el ritual de las tres vueltas entre cantes y vivas al santo.

El "Patio de Caballos" es un hervidero de gente. La mayordomía y quienes le acompañan, descienden de sus monturas para entrar en la ermita, que ha abierto sus puertas de par en par para acoger a todo el que llega.

Los rostros "cansaos", la nobleza contenida del gesto, dejan paso al llanto, al gozo, a la alegría de ver por primera vez la cara de San Benito, que parece sonreír contento de ver a sus hijos de nuevo junto a él. A sus plantas le daremos gracias por peregrinar, por estar siempre a nuestro lado; le pediremos por nuestros familiares y amigos, y si la emoción nos deja, nuestros ojos serán testigos de una plegaria sorda que escapa de nuestros labios, que se dice sin palabras desde la hondura del alma, allí donde el corazón manda:



Quisiera ser el metal sonoro
que tañe tu campana
y al brillo de un sol de oro
repicarte en la espadaña.

Quisiera ser, la luz de las velas
que iluminan tu ermita blanca,
y en un suspiro de cera
dormirme con la alborada.

Quisiera ser la noche,
"pa" sembrar tu cielo de estrellas
o llenarme de amaneceres
"pa" despertarme a tu vera.

Quisiera ser campana, ermita, estrella,
del peregrino promesa o para tus pasos verea,
esa plegaria perdida que en tu mismo altar se reza,
o la lágrima que cae al despedirse en tu puerta.

Quisiera ser,
lo que tú quisieras que fuera,
bandas para tu pecho,
flor que su aroma te diera,
corazón que espera en silencio
o el triste adiós de la vuelta.

Yo por ti sería,
sería lo que tú quisieras,
aunque en ello me fuera la vida
¡ay Santo!, mi vida entera.

Y después de la plegaria, el sambenitero se retira a dejar los enseres, el caballo, a disfrutar de un corto pero merecido descanso, mientras se prepara para el rezo del santo rosario.

La ermita convoca a la oración y los romeros acuden a la cita. Tras el cuarto misterio, vuelta al real con cruz de guía, seguida por un sudor de lanzas que se mecen por el canto de un Dios Te Salve María. Las letanías suenan por las arcadas de la ermita ante la palabra de Dios, mientras el pueblo contesta a coro a la voz del piostre.

Para entonces, las casetas, los toldos y la luz de las candelas, han convertido el campo andevaleño, en una hermosa antorcha encendida que ilumina el andar cansino de los romeros, en busca de algo de fiesta para dar cobijo a la noche. Una noche, la primera junto a él, que se vive intensamente, al calor de la amistad, de los fandangos, las sevillanas, los cantes del camino, los bailes, bendecidos por una copa de convivencia que refresca las gargantas, despidiéndose con el eco de un tamboril que resuena en lo ancho del campo sambenitero. Todo en honor a él.

Alguien, desde las alturas, ha empezado a encender los candiles del alba. El día va tomando cuerpo con la lentitud propia de las cosas del cielo posándose de sueño en sueño, anunciando que el descanso se termina. El sambenitero saluda al nuevo día mientras saborea el rescoldo de alguna copla perdida.

Desde muy temprano, son numerosos los que se acercan para probar el Caldo de San Benito; algunos parecen encajar el cuerpo a cada sorbo, intentando borrar la huella, todavía fresca, de la noche anterior.

La campana repiquetea pregonando que la procesión va a comenzar. Todo está listo y el Santo desciende lentamente sobre brazos y hombros sambeniteros, que soportan su peso con la fuerza de la fe. Los lanzaores le ofrecen su lanza, frente a frente, sin darle nunca la espalda y cruzando el patio de caballos, sale al real por su estrecho arco. Allí todos lo esperan:

Lo espera el campo andevaleño, que se abre como una inmensa flor para regalarle sus mejores olores.
Lo espera su pueblo, para recoger las bendiciones que va derramando a cada paso, con la alegría y la esperanza de poder verlo otro año.
La cigüeña, que vigila su lento peregrinar para que no le pase nada.
Y el eucalipto, ese viejo centinela, que extiende sus ramas para acariciarlo de nuevo.

Finaliza el recorrido, se despide y sube hasta el altar para presidir la eucaristía. Allí se reza, se canta y viviremos un momento emotivo, cuando rodilla en tierra, los lanzaores bailan de nuevo para él, con sus lanzas congregando amores, defendiendo lo nuestro para que lo siga siendo.

Bendecidos por el Santo y cubiertos por la bóveda azul del cielo sambenitero, la mayordomía ofrece sus mejores galas a quienes esperan en el real para disfrutar de nuestros bailes, toques, ropas, para disfrutar de lo que siempre fuimos, somos y seremos, hombres y mujeres de San Benito.

El enjambre humano se dispersa entre los flecos del nuevo día y cada cual se retira al lugar elegido. La tarde se abre paso entre la multitud invitando a continuar la fiesta y también al sosiego, a la calma, para aquellos que lo necesiten.

Y llega la noche. Y con la noche el rosario. Los romeros acuden a la ermita y rezan al calor de las velas. Tras el quinto misterio, el mayordomo avanza hasta el altar y se arrodilla. Allí ahoga sus penas y la de los suyos, mientras el piostre lentamente le quita las bandas para colocarlas sobre los hombros del santo. Sólo les queda el consuelo del sacrificio hecho, de la promesa cumplida, de haber mantenido nuestra tradición e identidad un año más.

El Patio de Caballos en un abrir y cerrar de ojos, vuelve a llenarse de gente para la hora del Cristo. Un leño encendido brilla en la oscuridad iluminando las caras de quienes se acercan y lo besan, bajo la atenta mirada de aquellos que ya se fueron, asomados en los balcones del cielo formando un especial firmamento de estrellas.

El cansancio, la voz ronca, el sueño, han dejao su marca en el sambenitero que apura sus últimas horas para estar junto a su Patrón. La noche se retira lentamente saludando al nuevo día. Poco a poco, los romeros se levantan y abandonan su descanso, mientras que otros se han visto sorprendidos por un amanecer cuyos rayos de sol traen la nostalgia de un camino de vuelta que se empieza a vivir. Un murmullo curioso e inquieto va de boca en boca, preguntándose: ¿quién será el mayordomo nuevo?. La respuesta al final de la misa. Allí se van acercando lentamente los sambeniteros, que realizan un último esfuerzo por cumplir con la devoción.

El santo luce orgulloso sus bandas, que pronto entregará a uno de sus hijos, elegido por él mismo para que continúe la tradición. La gente se impacienta y espera ansiosa la hora en la que el sacerdote, desvelará el secreto guardado hasta entonces. Alguien, avanzará de entre la multitud y se arrodillará frente a la imagen, mientras depositan sobre sus hombros un inmenso legado de fe. Habrá aplausos, abrazos, felicitaciones y se dará la vuelta al real lanzando a voleo nuestras avellanas. Se cumple ese rito ancestral vivido durante tantas primaveras bajo el techo de su ermita.

Después de la alegría llega la calma. La ermita es testigo de un ir y venir de peregrinos que se acercan para despedirse de San Benito. Son escasas las palabras, las promesas se multiplican en su altar y la emoción aprieta intentando ocultar la herida abierta de la vuelta. Todos se preparan para emprender juntos el camino, un camino que se abre para abarcar tanta huella de regreso, pisadas que hablan de nosotros mismos y de nuestra perenne vocación de peregrinar. A son de gaita y tamboril despacio se alejan. Mientras, en el real, la ermita vuelve a su silencio, tan sólo quedan las marcas de la fe y un dulce adiós que sestea por los huecos del aire. Es el regreso, la despedida.

Pero dejemos la tristeza a un lado, la despedida, para otro momento, tal vez para el lunes, si el Santo así lo quiere. Quedémonos con la alegría y con lo que, simplemente, acaba de comenzar. Mi pregón toca su fin, pero sin duda, mereció la pena tantos ratos a solas escribiendo para vosotros y para él. Gracias de corazón por haberme escuchado y espero sepan perdonar mis errores. Gracias a mis padres, Lorenzo y María, por llevarnos a mi hermano y a mí desde pequeños hasta su ermita y por compartir juntos el mismo amor por San Benito. La romería espera asomada a la vuelta de la esquina, es sólo cuestión de horas, y ya huele a San Benito por las calles. Haced de ella un lugar de encuentro, de amistad y de él, un ejemplo a seguir, el mejor de los amigos, ese que acude a la herida sin que lo llamen. Haced de vuestra fe, la más firme de las rocas, pa que nada ni nadie pueda romperla. El Cerro y los Montes están de fiesta, así pues, permitidme un último toque de atención:

¡Abre paso, tamboritero!,
y ve rompiéndome el alba,
que suenen a toques viejos,
los sonidos de tu gaita.

¡Despierta sambenitero!,
¡despierta que ya es la hora!,
que por Los Montes y El Cerro,
mi voz romera pregona:

Mayordomo a tus bandas,
jamuguera a tu jamuga,
el lanzaor a su lanza
y la cobertera a su montura.

Cabrestero a tu cabresto,
cohetero a tus cohetes,
¡y vámonos ya pal Mesto
que mi pueblo está impaciente!.

¡Despiértate peregrino!,
ten el corazón dispuesto,
que la Cruz de San Benito,
es ya oración y padrenuestro,
es principio de mi destino,
locura de mis sentimientos.

Que a mi estandarte de ensueño,
lo están besando las jaras,
porque el cielo trae un sendero,
pa que vaya a verle la cara.

Hombres y mujeres sencillos,
hechos de luna y sementera,
detrás han emprendío el camino
pa estar otro año a su vera.

¡Sambenitero!, prepara ya los avíos,
¡y vámonos de romería!,
que mayo está florecío,
y es el santo quien te guía.

Echa al alforje tus sueños
¡y con ellos pa la ermita!,
que tus cantes y tus rezos
sean p'aquella imagen bendita.

¡Prioste!, dile al ermitaño,
que abra bien esas puertas,
que mi gente ya va rezando
y este grito, en volandas le llevan:
¡viva San Benito!.